



DIRÁN QUE ES FICCIÓN, PERO DA EN EL CLAVO

Alfredo Semprún

Durante los próximos tres días, la fachada del Circolo de Bellas Artes de Madrid, exhibirá ese impresionante «Viva el Rey», al que, si bien, le faltan los signos de admiración, demuestra que, a veces, es muy difícil distinguir la realidad de la ficción. En este caso, incluso, parece imposible y hasta que no aparezca el próximo cartel –con el Viva el Rey de Zamundia–, algunos po-

drems pasear por la Gran Vía, haciéndonos la ilusión de que, por fin, se hace justicia en este país a nuestro Jefe del Estado, Don Felipe VI, cuya labor en estos momentos tan duros para la nación merece el elogio de las gentes de buena voluntad. No conozco, ni tengo el menor interés en ello, el guión de la película, que supongo secuela de aquella en la que un príncipe africano culminaba el sueño americano, con paso por la hostelería incluido, pero no creo que llegue al dramatismo de nuestra historia real, la de un hijo, heredero del Trono, que llama-

do antes de lo previsto a ocupar el puesto de su padre, se ve obligado a poner en orden su casa, afrontando el dolor personal de quien debe alejar a un padre que, si fue admirable, un ídolo para un niño en aquella noche iniciática del 23F, ha caído en debilidades impropias de su alta responsabilidad, por más que nada de lo que es humano nos debiera ser ajeno. El hijo educado para reinar que, no queda otra, ejerce su papel por encima de todo –padre y hermanas– y al que unos tipos con el colmillo retorcido, sólo expertos en ventear la oportunidad del daño, aún le exigen más. Me reconocerán las posibilidades dramáticas de tal guión. Pero, y se admiten apuestas, esa película tendrá un final feliz.

LA FOTO

«DELINCUENTES COMUNES SE HAN SUMADO A LA VIOLENCIA»



Miquel Sàmper
Consejero de Interior de la Generalitat

Manuel Calderón

Los delincuentes comunes también tienen sus razones. Sobre todo sienten malestar por la situación económica, y es lógico. No olvidemos que el «procés» se puso en marcha con un lema que llegaba hasta el corazón del más miserable: «Si me to-

can la cartera, saco la bandera». Y ya creo que la sacaron, al punto de que les han robado la cartera, pero de verdad. Barcelona está llena de carteristas que acuden a las manifestaciones en defensa de la libertad de expresión y expropiación, por si en el ardor del lanzamiento de un cóctel molotov, en el arrastre de un contenedor o en el momento de sustraer un patinete de un Decathlon pueden recaudar su 3%. Además, el «procés», como tantas veces se ha repetido ufanamente, es un movimiento «transversal», en el que caben burgueses iletrados como Artur Mas; pequeños burgueses como Junqueras, el presidente del Barça –ya ven: Bartomeu detenido por un delito co-

mún–; hasta los «comunes» de En Común, siempre con mala conciencia; desclasados de los barrios altos como los de la CUP y parias de la tierra que sobreviven en una ciudad donde ni las ratas son lo que fueron. Delincuentes ha habido en todas las revoluciones, al margen de los delincuentes políticos habituales, incluso su aportación ha sido importante porque dominaban las artes de la violencia y pueden matar sin escrúpulos, llegado el caso. Cuenta la escritora croata Dubravka Ugresic en «La edad de la piel», ejemplar ensayo sobre cómo la antigua Yugoslavia y la llamada posdemocracia han dejado un territorio baldío dirigido por

LA FRASE

cínicos, esos «paisitos posyugoslavos» donde «cualquiera –electricistas, banqueros, camioneros, matones, contrabandistas, mozos de almacén– podían enriquecerse de la noche a la mañana gracias al servicio patriótico al país». Ahí está Arkan, líder paramilitar serbio con sus terribles «tigres», delincuentes todos, nacionalistas todos, que ejecutaban la limpieza étnica. Hay sitio para todos. El consejero de Interior de la Generalitat, Miquel Sàmper, ha dicho que en los actos vandálicos de Barcelona han sido detectadas las juventudes de asalto de la CUP y delincuentes comunes que han venido a quitarles el trabajo.